

colocado una tabla para que pudiera pasar Humboldt. El porton se volvió á cerrar y Alejandro conducido por el hombre entró al interior de la casa, que tenia un aspecto triste y lúgubre.

Mas y mas subió el agua y siguieron los cañonazos cada cinco minutos.

CAPITULO II.

La casa del luto.

Quando Alejandro de Humboldt penetró en el interior de la casa guiado por el hombre, que no era otra cosa que un doméstico de la misma, se encontró en una oscuridad casi tan completa como la de la calle. Solo una pequeña lámpara enviaba desde muy léjos inciertos rayos de luz á los espaciosos pero tristes corredores, que probablemente en otros tiempos habian sido muy alegres..... pero que entonces producian una impresion desagradable, tanto mas cuanto que se notaba cierto olor de podredumbre, propio de una casa por mucho tiempo cerrada é inhabitada.

Aun el mismo Humboldt, á quien eran enteramente extrañas las preocupaciones y el temor pueril, sintió cierta congoja. Un cementerio en la libre naturaleza solo podría conmoverle, porque es el lugar de la hermosa idea del eterno rejuvenecimiento y del cambio prodigioso sobre el cual está basada la existencia del universo; pero en aquella casa se presentó á su vista *el cementerio de una existencia humana antes alegre*. Cada piedra que veía era acaso la loza sepulcral de una felicidad pasada, un epitafio puesto por la misma opulencia, poder y grandeza. Con ideas de esta clase nada hay de consolador como sucede en la naturaleza moribunda, pero que siempre vuelve á rejuvenecer, sino algo que oprime el corazón.

Y afuera rugía el viento moviendo frecuentemente las puertas viejas de las ventanas. Un ruido sordo indicaba que el agua había subido hasta las molduras del enrejado que circunvalaba la casa, y con este ruido sordo se mezclaban los gritos de socorro y el estruendo de los cañonazos de alarma.

Alejandro de Humboldt siguió silenciosamente á su guía, el cual estaba vestido con una levita de paño oscuro; sus facciones eran pálidas y taciturnas, y todo su aspecto armonizaba perfectamente con el de la casa.

Pasaron por una grande escalera de marmol á un largo y oscuro pasadizo, en el cual á ambos lados estaban de guardia las sombras de las columnas, como granaderos de la muerte.

Al fin abrió el criado una puerta é hizo entrar por ella á Humboldt á un aposento grande y muy sencillo á la vez que triste, y alumbrado por la luz muy escasa de una lámpara colgada en el techo. El criado pasó este aposento, abrió otra puerta y dirigiéndose á Humboldt le dijo:

—Entrad, señor mio..... aquí está la señora de la casa.

Humboldt entró en seguida al aposento inmediato; era de tamaño regular, sin lujo, pero siempre provisto con todo aquello que en el alto Norte corresponde al rango de una señora de la alta sociedad. Una alfombra cubría el suelo, los muebles eran cómodos y sólidos, las cortinas dobles de seda y de terciopelo, mas todo esto tenía un color triste, indicando melancolía, que según se podía notar era originada por la tristeza de un corazón muy oprimido. En las paredes sin adorno había un solo espejo, á cuyos lados estaban dos cuadros, cubiertos con un velo negro.

También la mesa estaba cubierta con un tapete de terciopelo de color oscuro, en la cual se hallaban dos candelabros de plata, con unas velas de esperma, que daban una escasa luz á todo el aposento. Un libro abierto parecía indicar, que la señora de la casa acababa de leer.

Original como todo lo que había visto Humboldt en la casa, era también el aspecto de la señora.

Era alta, esbelta, de apenas cuarenta y cinco años de edad; pero sus cabellos estaban enteramente blancos, y esto le daba el aspecto de una sexagenaria. Sus ojos parecían apagados por las lágrimas derramadas en muchos años, haciendo una impresion juntamente con sus arrugadas pero nobles facciones, como si se quejase á cada instante de su triste suerte. Un túnico de seda negra realzaba mas la blancura de su rostro, que á pesar de todo conservaba las huellas de una gran belleza.

—Sed bienvenido en mi retiro, Sr. de Humboldt, dijo entonces la señora, que se habia puesto en pié despues de haber entrado Alejandro, y la armonia de su voz tenia un sonido doloroso que impresionó mucho á este.

—Me alegro doblemente de vuestra venida; en primer lugar, porque puedo ofreceros como á extranjero, mi proteccion contra el agua; y despues, porque me llena de satisfaccion el ver en mi casa á un hombre de vuestra fama.

Humboldt se inclinó, tomó la mano de la señora, la llevó á sus labios y dijo:

—Recibid, alta señora, mi agradecimiento; me habeis salvado la vida física y aumentais la alegría de la espiritual, por la sorpresa que me prepara vuestro conocimiento de mi persona.

—¿Quién no conoce á Alejandro de Humboldt? contestó la dama, y una triste sonrisa pasó por su rostro.

—¿Queréis saberlo sois muchas veces mi compañero, y me consuelo.

Dicho esto se dirigió á una mesita cubierta de libros, y enseñó á Humboldt sus *Ojeadas á la naturaleza*.

Un sentimiento agradable y apacible pasó por el interior de Humboldt, cuando dijo sonriendo:

—¿Con que tambien en San Petersburgo se conocen mis obras?

—Sí, esta obra, dijo la señora; esto no es extraño; pero tener aquí al autor me ha sorprendido. Mas si buscáis en Rusia paraísos como en el Orinoco, no los encontrareis.

—El naturalista, contestó Humboldt, solo debe buscar la verdad y la variedad, y no paraísos. Grande, importante y elevado es para él todo en la naturaleza; los campos florecientes de los trópicos, y los páramos de hielo en la Siberia.

Se notó algo en el rostro de la señora como un gran dolor; exhaló un profundo suspiro, y luego dijo:

—No podreis llegar esta noche á vuestra habitacion. Si gustais, pues, os mandaré abrir un cuarto en el piso superior; pero habeis de dispensar porque hace tres años que no se ha abierto.

—Acepto con agradecimiento vuestra bondadosa oferta, contestó Humboldt. Solo os suplico que no os incomodeis por mí. El que ha viajado por países lejanos, sabe dormir en el suelo y al aire libre, frecuentemente.

mente con el ruido del huracan y rodeado de bestias feroces.

—¡De bestias feroces! contestó la señora con un tono original y doloroso. ¿Qué son lo salvaje y la crueldad de las bestias feroces, en comparacion de la de los hombres?

Dichas estas palabras sonó una campanilla de plata para llamar al criado.

Entró este en seguida y la señora le encargó que preparara dos aposentos en el piso superior para el Sr. de Humboldt, pero que antes trajera la cena.

Poco despues estaba Humboldt con la señora de la casa, en una mesa sobre la cual estaba servida una frugal cena. La dueña de la casa comió poco, toda su atencion la fijaba en las palabras de su ilustre huésped, y de un modo que indicaba que hacia mucho tiempo no habia tenido una conversacion de esta clase.

Mas á la gran perspicacia de Humboldt y su conocimiento del corazon humano no escapó, que algo oprimia al de la señora. Con el tino que solo se adquiere por un trato constante en la alta sociedad, no tocó la señora en la conversacion nada de lo que podia tener relacion con el gobierno ruso, ni con su familia ó con su persona, ni habia mencionado siquiera su nombre; pero cuando su huésped habló de su permanencia en S. Petersburgo, participándole que emprendiera por encargo de S. M. el emperador de Rusia una expedicion á la Sibe-

ria y toda la Rusia asiática, se inquietó la señora y se puso mas pálida de lo que estaba por lo regular.

Repentinamente se puso en pié, avanzó algunos pasos y arrojándose á los piés de Humboldt, exclamó:

—Señor de Humboldt, os ha enviado Dios, compadeceos del pobre corazon de una madre, y concededme una súplica.

—¡Alta señora, exclamó Humboldt, sobremanera sorprendido y esforzándose por levantar á la pobre mujer. ¿Qué haceis?..... Alzaos.....

Mas la señora no se levantó. Abrazando las rodillas de su huésped apasionadamente, suplicó con tanto dolor y tanta desesperacion, que hubiera sido capaz de ablandar una piedra.

—Tened compasion de un pobre corazon de madre, y acceded á mi súplica; y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos.

Humboldt la consoló, asegurándole que haria todo lo que estuviese en sus fuerzas para ayudarla, y la hizo levantarse.

La desgraciada se puso, pues, en pié y animada por la bondad de su huésped, consintió en que este la llevara hasta el confidente, en el cual se volvió á sentar y luego Humboldt se dirigió hácia ella, diciéndole:

—Me suplicásteis, noble señora, que os concediera una gracia. Estad segura de que haré lo que pueda para

corresponder á vuestros deseos; pero ante todo es necesario saber cuales son estos.

—Decís bien, contestó la señora. Mi pobre corazón de madre ha olvidado en el inmenso dolor de su desgracia, que puede haber otro corazón humano que no conozca su infortunio.

—Descargad vuestro corazón, dijo Humboldt, y os será menos pesado y entónces estaré capaz de conocer el medio de ayudaros.

—¿Ireis á la Siberia?

—¡Sí!

—¿Y tocareis las líneas de los cosacos?

—Seguramente.

—¿Y gozais de la confianza del emperador?

—Me lisongo de poseerla en alto grado.

—Entónces hay un rayo de esperanza.

—¿Qué esperanza!

—¡Escuchad pues!

Mas antes que continuara la señora, se levantó, abrió la puerta, dió al criado la órden de cerrar la antesala, inspeccionó luego ella misma el cuarto, para convencerse de que nadie podia oirla, cerró la puerta de su aposento y volvió luego á sentarse.

Humboldt adivinó lo que habia de seguir por mucho rato habia guardado silencio la señora, sumergida

en ensueños dolorosos. Un silencio de muerte reinaba en su alrededor..... solo se oia el acompasado movimiento de la péndola del reloj que estaba en la pared..... y de cuando en cuando se oia la explosion de los cañonazos de alarma.

—No tendré necesidad de deciros, señor de Humboldt, dijo al fin, que soy alemana.

—Con gusto hice este descubrimiento ya al entrar á esta habitacion, contestó Humboldt. Me sorprendió y me causó á la vez gran satisfaccion.

—Y el hecho de que tenemos una patria comun, me inspira una doble confianza, añadió la señora de la casa.

—¿Y qué os condujo á este país?

—¡Quién pudiera contestar á esta pregunta! dijo la señora. ¿Fué el amor que me inspiró el caballeresco conde Witkiewicz, uno de los polacos mas nobles?.... ¿fué la providencia?..... ¿ó fué una predestinacion?..... No me atrevo á decíroslo, pero he aprendido á someterme á este designio superior. En una palabra, amaba al conde me casé con él y pasamos felizmente los primeros años de nuestro matrimonio en la Polonia. Mas el horizonte político no era tan puro como el de nuestro amor. Las tormentas del tiempo de Napoleon descargaban fuertemente sobre este país desgraciado, ya alzando las olas de esperanzas entusiastas, ya sumergiéndose en los hondos abismos de la desesperacion.

—Desgraciadamente conozco esto demasiado, dijo

Humboldt. Las promesas engañosas de Napoleon, las ilusiones malhadadas de la confederacion y.....

—La traicion ignominiosa del emperador Alejandro, exclamó la condesa; despues de haberse sacrificado..... 70,000 polacos en los campos de batalla por la Francia, con el fin de obtener la independencia de su patria.

Siguió una pausa..... Aun se oian los tiros de cañon afuera.

—El nuevo reino de Polonia se habia establecido, continuó la condesa de Witkiewicz, y el emperador Alejandro fué proclamado su rey. Se conoce de qué modo cumplió este su palabra respecto de la carta constitucional, y tambien se conoce la indignacion que provocó por este modo de obrar. Sin embargo, la fuerza reinó en todo el país, extendiéndose una red de espionaje que penetró en lo mas íntimo de la vida de las familias; y el gobierno, despreciando todas las leyes, abrió siempre ancho campo al retroceso y las crueldades. La policia secreta que se extendia hasta los polacos, que vivian tanto en Polonia como en países extranjeros, envenenaba la vida aun del ciudadano mas pacífico. Se destituyeron de sus empleos á los hombres mas dignos en el ejército y en la administracion; á los generales Chlopiki y Sirawsky del ejército, al príncipe Czartoryski como procurador de la universidad. Mas de trescientos jóvenes, entre ellos Tomas Zan y el noble poeta Adan Mickiewicz, fueron trasportados al interior de la Rusia,

donde perecieron peleando como soldados rasos en la guerra con los persas y los turcos.

La condesa guardó silencio por unos momentos lo mismo que Humboldt, quien conocia demasiado este episodio ignominioso de la historia de los pueblos europeos.

Un silencio sepulcral reinaba en su alrededor..... solo se oia el movimiento monótono de la péndola, así como pasa el tiempo implacable y friamente sobre hombros y naciones, sobre dichas y desgracias, y sobre generaciones marchitas y florecientes!

Y afuera soplabá el viento del Oeste, como un lobo hambriento que en la oscuridad busca el botin..... y sordos resonaban los tiros de alarma.

—Era un tiempo terrible, continuó al fin la señora de la casa. Mi esposo y yo viviamos muy retirados, llevando una tranquila y feliz vida de familia en una de nuestras posesiones. ¿Qué hubiera podido interrumpir nuestra felicidad, sino el dolor por los sufrimientos de la desgraciada Polonia? Mi esposo era un excelente hombre: hermoso, noble, bueno y habiendo vivido mucho tiempo en Lóndres y Paris, de muy finas maneras. En aquel tiempo estaba dedicado á la mejora de sus haciendas, á hacer progresar el cultivo de los campos y á mejorar las tristes condiciones de sus subordinados.

—Entónces era una honorífica excepcion entre los demas grandes de la Polonia, dijo Humboldt.

—En efecto, contestó la condesa; mas por eso mismo despertó la envidia y el odio de muchos de sus compañeros de rango. Lo que mas contribuyó á hacer nuestra vida dichosa, fué nuestro único hijo; un jóven de diez y siete años, imágen completa de su padre; hermoso como un ángel, muy valiente y tan bien educado, que le mirábamos con orgullo y placer.

A la pobre madre le brotaron las lágrimas de los ojos. Se puso en pié, y dirigiendo sus pasos al lugar donde se hallaban suspendidos dos cuadros en la pared, tiró el cordón de la cortinilla que los cubria, quedando descubiertos dos retratos, el de un hombre de regular edad y el de un jóven; ambos de bellas facciones que mostraban la nobleza de su alma.

—¡Padre é hijo! balbuceó la condesa. ¡Padre é hijo! repitió derramando un torrente de lágrimas.

Despues de algunos momentos continuó:

—No quiero martirizaros mas con mi dolor y con mi relato. Nuestra felicidad duró bien poco. Witkiewicz fué acusado como sospechoso y llevado preso á Varsovia. Aunque pronto se declaró su inocencia, una mera sospecha era suficiente para que el gobierno ruso diera órden á mi marido de que fijase su residencia en San Petersburgo, con el fin de poderlo vigilar mas de cerca. No habia mas que obedecer; compramos esta casa, y vivimos tambien aquí contentos. Murió el emperador Alejandro y subió al trono Nicolas I. ¿Sabeis, Sr. de Hum-

boldt, que los auspicios bajo los cuales se encargó del gobierno no fueron los mas halagüeños.

—¡En efecto, no lo fueron! dijo Humboldt; porque la humanidad marcha para adelante, y allí donde el hombre aprende á conocerse á sí mismo no puede doblegarse siempre á la voluntad del monarca, y sin embargo lo exigian los Czares.

—Por este motivo habia ya en aquella época asociaciones secretas y muy ramificadas, á las cuales pertenecian aún miembros de las familias mas elevadas, y cuyo principal objeto era promover una revolucion. Principalmente en los últimos años del gobierno de Alejandro se habia aumentado el descontento, cuando el gobierno ruso estaba en contra de la voluntad de la nacion, que deseaba se auxiliara á los griegos contra los turcos, y cuando el príncipe Constantino tenia un gran partido, porque se veia en sus inclinaciones una expectativa para el cumplimiento de aquellos deseos. Empero un acontecimiento inesperado hizo fracasar el proyecto de revolucion, y este fué que al tomar Nicolas I. posesion del gobierno, se rebeló una parte de los guardias, rehusando prestar el juramento de fidelidad al nuevo emperador, y queriendo reconocer solo al príncipe Constantino. Con muchísimo trabajo pudieron sofocar este levantamiento.

—Y las consecuencias fueron nuevas persecuciones, dijo Humboldt. Las investigaciones hicieron conocer que habia una asociacion muy ramificada en toda la

Rusia, cuyo objeto habia sido derribar al gobierno y asesinar á la familia imperial.

—Estais bien instruido de estos pormenores, contestó la condesa; sabreis tambien que las sospechas recaian principalmente sobre los polacos. Mi esposo, lo puedo jurar ante Dios, habia quedado enteramente extraño á estas asociaciones, sin embargo, fué uno de los primeros á quienes aprisionaron. Ninguna defensa surtió efecto... en vano me arrojé á los piés del emperador..... meses enteros estuvo en la prision..... y despues desapareció repentinamente. Le habian trasportado á la Siberia... .. donde muy pronto..... murió!

Ni una lágrima volvió á asomar á los ojos de la desgraciada. Un dolor inmenso oprimia su corazon.... Humboldt pensó en los mitos de los antiguos, segun los cuales petrificaba el dolor.

Y afuera rugia aún el viento..... y sordo resonaba el estruendo de los cañones.

La condesa continuó:

—*Nada me habia quedado de mi felicidad, sino mi hijo, mi único hijo.* ¡Oh, hay un cariño inmortal en el amor de una madre á su hijo, que sobrepasa á todos los demas sentimientos humanos. Ningun egoísmo le hace resfriar, ningun peligro le hace retroceder, ninguna culpa palidecer y ninguna ingratitud puede sofocarle. Al bienestar del hijo sacrifica la madre toda comodidad, á su gusto todos los suyos; *su honor* se convierte en la

gloria de ella, y si sufre un contratiempo, su desgracia le hace mas apreciable!..... Tambien el corazon de mi hijo sufrió con el golpe que heria á su padre; pero su fuerza juvenil le restableció; el amor que profesaba á su madre era para él un mundo..... asi como él era el mio! Entoces le llamó una orden imperial al servicio militar; pero debido á mis reiteradas súplicas, no entró en él, sino que fué subordinado en el ministerio de hacienda al consejero de Estado Nowossilzof, hermano del famoso comisario ruso en Polonia. Podeis figuraros lo que sufriria mi hijo á las órdenes de este enemigo acérrimo de los polacos. Pero Ivan lo sufrió todo con paciencia y resignacion, porque su empleo le permitia permanecer cerca de su madre. ¡Ay! eran horas muy dolorosas aquellas en que llorábamos juntos la muerte de su padre, encerrados en nuestro aposento. En su empleo se portó de un modo irreprochable, y aun supo grangearse la buena voluntad del consejero Nowossilzof, que le encargó al fin la direccion de los negocios mas importantes; pero justamente esta circunstancia debia ser la causa de su desgracia. Porque una de las cualidades mas estimables de mi hijo era un inquebrantable sentimiento de honradez que heredó de su padre. Nowossilzof iba á hacerse rico por una estafa en grande escala; pero necesitaba para ejecutar sus planes la ayuda de Ivan, ó á lo ménos su silencio, porque mi hijo conocia todos los negocios secretos del ministerio. No tengo necesidad de deciros que Ivan re-

chazó con indignacion las ofertas del consejero, quien le prometió una gran parte del botín, aun le ofreció la mano de su hija, una coqueta de grande hermosura, pero de no muy buena fama. Ivan rechazó ambos ofrecimientos. El consejero se puso furioso..... la oportunidad pasó y el negocio no se hizo.

—Y la furia del consejero de Estado recayó sobre vuestro hijo, dijo Humboldt, que de buena gana le hubiera evitado la parte mas penosa del relato á la condesa.

Esta movió la cabeza y dijo:

—El tigre gusta de jugar por algun tiempo con sus víctimas antes de destrozarlas. Nowossilzof fingió que Ivan le habia convencido de lo malo de su proyecto, solo le suplicó que guardara el silencio mas absoluto sobre este negocio. Mi hijo se lo prometió y el consejero le trató desde aquel tiempo con gran benevolencia, prometiéndole un empleo muy brillante en Varsovia.

¡Oh! no olvidaré nunca aquella noche, cuando Ivan me comunicó esta hermosa expectativa! El era polaco..... y sus relaciones con Nowossilzof le inquietaban sobremanera. Con grandes esperanzas pasamos la noche Era una hora muy avanzada cuando nos separamos para acostarnos..... Despues reflexioné por mucho tiempo sobre lo que habiamos hablado..... hasta que el sueño cerró mis ojos. Era media noche, repen-

tinamente me despertaron fuertes golpes que resonaron en la puerta del zaguan. Un pensamiento horrible pasó luego por mi mente. Pronto como el rayo me visto, me precipito hácia el aposento de mi hijo.... y caigo al suelo en la puerta con un grito de desesperacion..... porque..... en el mismo instante se llevan preso á mi hijo unos hombres armados. «¡Madre mia! ¡madre mia!» era su último grito de dolor..... «¡Adios para siempre!»

La condesa calló. Alejandro de Humboldt, cuyo corazon palpitaba fuertemente, vió con espanto que aquel dolor sobrehumano amenazaba petrificar á la desgraciada.

Pero esto pasó luego, y la condesa continuó:

—Al amanecer me presente á Nowossilzof..... me fingió sorpresa como si nada supiera..... Me fuí al palacio del emperador..... no me dejaron entrar. Me arrojé á los piés de miserables.... gasté mucho dinero..... ¡en vano!..... habian dado la órden de no dejarme entrar. Ocho dias despues leía en los periódicos. «Desterrado para la Siberia y registrado como soldado raso en la compañía de cosacos por el crimen de alta traicion, el conde Ivan Witkiewicz de veinte años de edad.»

—¡Dios mio! exclamó Humboldt.

—¿Sabeis, Sr. de Humboldt, continuó la condesa con moribunda voz; sabeis lo que significa estar desterrado

en la Siberia y servir de soldado raso entre los cosacos..... en una edad de veinte años?..... ¡Y ahora hace tres años que mi hijo permanece en la Siberia, y desde entónces no he sabido nada de él!

¡Y exhalando un grito de demente..... se desmayó!

Humboldt acudió en su auxilio. Con el contenido de un pomito de sal volátil que encontró sobre la mesa, la hizo volver en sí.

—¡Sr. de Humboldt! dijo en voz baja. Ahora conoceréis mi súplica. En vuestro viaje tocáis las líneas de los cosacos..... procurad saber el paradero de mi hijo..... y..... si lo encontrareis..... vivo aún..... os conjuro por Dios y todos los santos..... intervengais por él con el emperador. Es inocente..... y solo el bribon Nowossilzof es la causa de su desgracia.

—Tranquilizaos, condesa, os juro que haré todo lo posible por encontrar á vuestro hijo, y hacer que el emperador le indulte.

—Pero no debéis dar paso ninguno aquí en San Petersburgo, pues todo seria en vano. Nowossilzof es aún demasiado poderoso.

—Seguiré vuestro consejo, dijo Humboldt. Mas por ahora es necesario que recobreis vuestra calma y que descanséis.

—Volved á ver el retrato de mi hijo y fijad bien sus facciones en vuestra memoria. ¡Ay! si pudiera daros

mi corazón de madre en el veriais su imágen grabada de una manera indeleble.

La condesa se puso á orar. Humboldt estaba muy conmovido..... Un silencio sepulcral reinaba en la habitacion..... y afuera rugía siempre el huracan como un lobo hambriento, que en las tinieblas acecha á su presa..... y sordos resonaban los tiros de alarma.